

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

47

30
CS



HOBART BOSWORTH
VILLA LYAMS
EDICIONE BENTAGNE

**EL CAPITAN
TORMENTA**



INCE, Ralph

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año II Francisco-María Bistagone Núm. 47

El capitán Tormenta

(HURRICANE, 1929)

Drama de la vida del mar, interpretado
por Hobart Bosworth, Leila Hyams,
etcétera

Producción Columbia

Distribuida por

Principe Films, Sdad. Ltda.

Aldamar, 7 y 9
SAN SEBASTIÁN

Calle Aragón, 249
BARCELONA

Postal-telegrama: CARMEN LARRABEITI

EDICIONES BISTAGONE

Paseo de la Paz, 10 bis - BARCELONA

El capitán Tormenta

Argumento de la película

Cincuenta años atrás. En un islote de los mares australes, como una roca batida por las olas y por el viento, tenía el chino Ho-San su factoría, que era como tapadera de sus negocios ilícitos, y recogidos en ella al capitán Blake y a los tripulantes de su barco, naufragados recientemente en aquellos mares.

El capitán Blake era un bandido de los mares y todos sus compañeros eran gente de instintos de hiena. Había una excep-

ción: Javier Moran, ser realmente compasivo y humano, un pobre joven a quien Blake había embarcado a la fuerza en San Francisco.

Para hacer más llevaderas las horas de aburrimiento y soledad en la isla, el capitán Blake sostenía amores con Cora, una muchacha indígena que le daba sin cansarse todo el perfume de su pasión.

Cierta noche de tempestad divisó a lo lejos un velero que navegaba hacia los arrecifes. Todos convinieron en que un solo hombre podía atreverse a realizar semejante hazaña: Martín, al que en el mundo de la marinería se conocía por el capitán Tormenta. Era casi un suicida. La tempestad era su elemento. Cuando silbaba el viento entre las jarcias y las olas barrián la cubierta, él empujaba la rueda del timón y riendo a carcajadas, sorteaba hábilmente los peligros, consiguiendo salvar los escollos donde otros se hubieran estrellado.

Así aquella noche el capitán Tormenta procuraba entrar en la rada del islote sin contratiempo.

Junto al timón daba órdenes para que

todo se realizase a punto, y su rostro denotaba una bravura incomparable.

Tormenta prefería a la maldad de los hombres las furias de la Naturaleza.



...Cora, una muchacha indígena.

Los tripulantes de su barco le contemplaban con admiración ante la valentía y serenidad de que daba muestras.

—¡Ya está el viejo disfrutando a su sabor!—dijo un marinero.

—Siempre se pone así cuando hay tempestad. Parece que se vuelve loco.

—¡Va a estrellarse contra el arrecife!

—¡No! ¡Debemos confiar en él!

El capitán Tormenta no vacilaba...

—¡Aguantáos firmes, muchachos... y arriad las velas!—decía—. ¡Soy más fuerte que la tempestad!

Y con su magnífica serenidad y sus grandes conocimientos náuticos, logró poco después anclar en la rada.

El capitán Blake, sus gentes y Ho-San presenciaron la maniobra y tuvieron que reconocer que había sido perfecta.

—¡Es extraño!—dijo Blake—. Tormenta nunca se ha puesto al abrigo de la tempestad.

—Debe de traer buen cargamento—insinuó otro de los marineros.

Una idea maligna cruzó por la imaginación de Blake que era hombre carente de escrúpulos.

Si embarcásemos con el capitán Tormenta, pronto lo sabríamos, ¿verdad?

—Evidente.

—Pues huy que conseguirlo.

Y acercándose a Ho-San, le dijo:

—Ho-San, si yo viniese aquí con un buen cargamento, ¿me lo pagarías bien?

—No es la primera vez que Ho-San abre su bolsa al capitán Blake—respondió ladinamente.

—Pues se prepara un buen negocio. Vayamos al encuentro de los del velero.

Dirigiéronse al muelle donde el capitán Tormenta y sus hombres acababan de desembarcar, descosos de unas horas de descanso tras la ruda jornada contra los desencadenados elementos.

—Capitán Martín, le felicito por su maniobra... Yo soy el capitán Blake—dijo éste tendiéndole la mano.

El capitán Tormenta, viejo marino, dechado de honradez, fiero y enérgico ante el peligro, estrechó sinceramente aquella diestra.

—Capitán Blake, celebro mucho conocerle.

Saludó después a los demás marineros.

Mientras tanto, Blake procuraba captarse la confianza del segundo de a bordo.

—Usted será el segundo del capitán Martín, ¿no?

—En efecto... Miguel Dugan me llaman.

—La maniobra ha sido excelente... He oído hablar tanto del capitán Tormenta... que nunca hubiera creído que se guareciese de una tempestad.

Tormenta volvió junto a ellos y al oír expresarse de aquel modo a Blake, exclamó sonriente:

—Las circunstancias mandan, amigo... Traigo demasiado buen cargamento para arriesgarlo.

Blake cambió una mirada de inteligencia con los suyos. ¡Lo que él pensaba! Ahora era preciso obrar con diplomacia.

—Pues ¿qué le ocurrió?—preguntóle.

—Me sorprendió un tifón en las costas de Malasia, y he perdido la mitad de la tripulación.

—También nosotros capeamos un temporal y vinimos a estrellarnos contra estos arrecifes... hace ya tres semanas.

En aquel momento, atraída por la curiosidad, apareció Cora, la bellísima indígena. Blake dijo sonriente:

—¿Qué le parece esa muchacha? Es lo más hermoso que hay en la isla.

Cora se acercó a Tormenta para darle la bienvenida brindándole una guirnalda de flores, pero el viejo lobo de mar con cara de pocos amigos la rechazó lejos.

—¡Largo de aquí!

Asustada Cora desapareció.

—Parece que no siente usted mucha simpatía por las mujeres— advirtió Blake.

—¡Las odio!... ¡Las desprecio!—contestó alzando el brazo en actitud amenazadora.

Y sus ojos brillaron de modo siniestro como si ocultasen un odio terrible, algún secreto que había motivado aquel rencor.

Blake continuó diciendo:

—¿Y cuál es su ruta, capitán?

—Estamos en Hong Kong hace siete semanas... y ahora ponemos proa a San Francisco.

—Si quiere usted llevarnos consigo, pongo el resto de mi tripulación a sus órdenes—dijo mirándole fijamente.

El capitán Tormenta sonrió.

—No está mal... Eso nos conviene a los dos. Yo necesito hombres, y supongo que a

ustedes les interesa salir de este agujero...

—Entonces, ¿trato hecho?

—¡Sí!

Blake llamó a su gente:

—Muchachos—les dijo con entusiasmo—vamos a embarcar con el famoso capitán Tormenta... El nos dará la comida y vosotros trabajaréis.

Todos se mostraron conformes con aquella grata proposición que les permitiría alejarse del islote y volver a la vida civilizada. Además, Tormenta debía llevar un gran cargamento... y eso para aquellos contrabandistas de Blake era cosa de suma importancia.

Tormenta y sus hombres pasaron el día descansando en el islote... Y al día siguiente, habiéndose aquietado el mar, todos partieron en el velero... Blake pensaba constantemente en el cargamento misterioso.

Cora quedó profundamente afligida, pero Blake la consoló prometiéndola volver en breve...

A su regreso le traería un importante regalo... Algunos hermosos vestidos de aquellos que usaban las mujeres de Occidente.

* * *

Llevaban ya varios días de navegación. El proyecto de Blake era apoderarse del barco y su cargamento cuando la ocasión se presentase.

El y sus hombres procuraban averiguar por medio de los marinos del capitán Tormenta qué cargamento llevaban en el buque... Como si no le diesen demasiada importancia a ello, buscaban la ocasión de descubrirlo todo.

Dugan, el segundo de a bordo, escuchó como Bull, uno de los hombres de Blake, hacía determinadas y graves preguntas a los tripulantes del velero.

Preocupado por la importancia de aque-

llas manifestaciones, habiendo comprendido además que Blake y su gente eran personas sin escrúpulos, sin moral, sin dignidad profesional, consideró que habían hecho un mal trato aceptando aquella gente indeseable en el velero.

Y se apresuró a comunicar al capitán Tormenta sus sospechas.

—Hay que estar alerta, capitán... Bull ha preguntado a nuestros hombres qué cargamento llevábamos.

—¿Es posible?

—Acabo de oírlo... Y ahora comprendo por qué el capitán Blake quiere que sus hombres hagan la guardia en el puente.

Tormenta pareció muy sorprendido por aquellas manifestaciones. No podía convenirse de que Blake fuese una mala persona.

—¡Vigile bien! — se limitó a decir—. Acaso todo sean sospechas infundadas.

—¡No, capitán! Todos son una banda de foragidos... Todos, excepto Javier Morán.

—¿Por qué ese no?

—Soy observador y ese hombre es distin-

to de los demás. Cualquier día le diré que me cuente su vida.

—Bueno... no me gustan historias ajenas... Vigile, redoble la guardia.

Entretanto, Blake preguntaba a Bull:

—¿Has averiguado algo?

—Sí. A bordo hay sedas de China que valen una fortuna.

—¡Magnífico!

—Cuando usted disponga daremos el golpe. Todos estamos dispuestos; necesitamos dinero y hay que obrar con rapidez.

—Cuento con vosotros para ese momento; pero entretanto, portaos bien, para no dar que sospechar.

Vieron que en la cubierta de proa, disputaban violentamente Dugan, el segundo de a bordo, y uno de los hombres de Drake.

Dugan decía a aquel marinero:

—Aquí hay que trabajar de firme, muchacho.

—Ya he trabajado bastante, imbécil.

Dugan le abofeteó, dispuesto a que nadie se levantara contra la disciplina.

—Quizá así aprendas a obedecer...

Blake miró a Bull y dijo malhumorado:

—¡Baja y dile que obedezca! ¡A ver si va a echarlo todo a rodar!

Bull dirigióse a los dos hombres y riñó severamente al tripulante.

—Aquí no estamos en la Opera, muchacho... Debemos trabajar para ganar nuestro pan.

Alejóse Dugan, contento de que Bull se pusiera en razón, y apenas hubo marchado, Bull agregó:

—Ten un poco de paciencia, que todo se arreglará... Pronto nos apoderaremos del barco y nos vengaremos de esa gente. Pero entretanto, a obedecer.

Poco después Dugan encontró a Muran que estaba limpiando activamente una parte de la cubierta.

Este muchacho le era simpático... Todo en él respiraba nobleza y bondad, muy en contraste con el rostro de pocos amigos de los demás marineros.

Dugan le miró afectuosamente y le dijo:

—Usted no parece mal chico, Moran... ¿Cómo es que estaba entre esa gentuza?

—Me embarcaron a la fuerza, hace seis meses, en San Francisco.

—¡Ah!

—Y lo que más siento es que mis padres no saben lo que ha sido de mí... Pero espero volver a verlos pronto.

—Tendrá usted muchas cosas que contarles... Hasta luego, Moran.

Poco después Moran se dirigió a la bodega donde estaban reunidos varios de sus camaradas.

Se sorprendió desagradablemente al escuchar lo que Bull decía.

—Hay a bordo una fortuna, muchachos... Pero es preciso que no desconfíen de nosotros...

—Cuando llegue el momento lo primero que tenemos que hacer es desembarazarnos de Dugan—dijo el marinero que había sido ahogado por el segundo de a bordo.

Moran se estremeció.

—¿Pero es que pensáis apoderaros del barco?—dijo sorprendido.

—¡Sí!

—Entonces, ¿se trata de una rebelión?

—Figúrate que es así—dijo Bull con altivez—. ¿Tienes algo que decir?

—¿Es esa la manera de corresponder a

la hospitalidad del capitán Tormenta? —protestó sintiendo que le salían los colores a la cara como si también él se considerase copartícipe de aquella vergüenza.

—Si quieres un buen consejo cierra el pico—contestó Bull—. Vick—dijo a otro de los marineros—, ensénale a éste lo que te pasó por charlatán.

El aludido le mostró una gran cicatriz, recuerdo del tajo de un cuchillo.

—Vick, ¿por qué te señalaron la cara?

—Por hablar demasiado—respondió rasgando una oreja.

—Ya sabes, Moran... Al menor movimiento que me parezca sospechoso, tendrás un "adorno" parecido...

Moran no contestó.

—Y cuando se dé la señal, tú a hacer lo que los demás, si no...—gritó Bull.

Y su puño se levantó pronto a descargar-se sobre Moran, pero éste, esquivando el golpe, salió de la bodega.

—¿Cuidado con él!—dijo Bull—. Mucho temo que pretenda vendernos.

—En tal caso le daremos muerte.

Y todos los corazones palpitaron de odio contra el hombre que se atrevía a contrarrestar sus siniestros proyectos.

* * *

Moran hubiera considerado faltar a su conciencia si callaba lo que había oído... Acercóse a Dugan y le participó sin omitir detalle todo lo que abajo se tramaba.

A Dugan no le sorprendió demasiado la noticia, tenía sus razones para sospechar.

Se dirigieron a hablar con el capitán Tormenta.

—Este joven dice que la tripulación de Blake trata de amotinarse, capitán.

—¿Estás en lo cierto? preguntó el capitán sorprendido.

—Sí, capitán... Proyectan apoderarse del cargamento de sedas que usted transporta...

—¡Maldición! ¿Cómo se me ocurrió aceptar la colaboración de esa gente? Si pudiera desembarcarles...

—Ahora ya es demasiado tarde... Hay que prevenirse para cortar todo intento de sublevación.

—Sí... sí...

Tormenta hizo llamar al capitán Blake y éste se presentó instantes después disimulando perfectamente su inquietud y sus temores.

—¿Capitán, Blake!

—¿Qué desea?

—Sé que sus hombres tratan de amotinarse... ¿Qué significa eso?

—¡Es mentira!—rugió Blake, deseoso de no ser desengañado.

—Vamos a verlo ahora mismo... Dugan, que suban al puente todos los hombres.

—¡Sí, que suban!—dijo Blake—. Y si en mi tripulación hay algún culpable, yo le impondré el correctivo.

—¡Usted no!—contestó el capitán Tormenta—. Soy yo quien manda en este barco...

—¡Ah, tiene usted razón!

Blake dirigió una mirada de brutal odio a Moran. ¡El canalla! Esc les habría delatado seguramente.

Los hombres del barco, los de Martín y los de Blake, llegaron al puente. Los últimos contemplaron a Moran con desconfianza.

—El capitán quiere decirnos unas palabritas—indicó Blake en tono zumbón.

—Sí. Acabo de enterarme—dijo Tormenta—que proyectabais amotinaros. ¿Quién ha promovido esa rebeldía?

Se miraron unos a otros con aturdimiento, pero Blake les hizo un gesto significativo. Mucha calma, nada de perder la cabeza; era preciso negar.

Esto no es verdad...

Nunca hemos pensado en amotinarnos.

—¡Nunca!

Bull contempló con odio a Moran.

—¡Este debe haber sido el maldito soplón embustero!

Quisieron agredirle, pero Tormenta y su gente le protegieron.

—¡Silencio todo el mundo!—dijo Tormenta—. Escuchadme bien: hay una cuer-



—¡Este debe ser el maldito soplón embustero!

da en el palo mayor para el que hable de amotinarse... Y ahora, a vuestros puestos.

Gruñendo sordamente, fueron desfilando con orden, pero contemplando de reojo a

Moran, al que consideraban autor de la delación...

Cuando se hubieron alejado, Blake, que tenía interés en demostrar que era completamente ajeno a cualquier supuesto movimiento, dijo:

—Creo, capitán, que ya no tiene usted que inquietarse por ellos.

—No me inquietan lo más mínimo... He manejado a mi antojo canallas peores que esos—respondió con sencillez.

Y luego, acercándose a Moran que había permanecido allí, temeroso de reunirse con los otros marinos, le dijo:

—Tú, Moran, quédate en el puente... No te tratarían muy bien allá abajo.

—¡Gracias, capitán!

—Eres un buen muchacho, te agradezco lo que has hecho.

Y luego dirigiéndose a Blake, que contemplaba con feroz rabia a Moran, le dijo:

—Venga a mi camarote, capitán Blake. Tenemos que hablar.

—A sus órdenes.

Blake y Tormenta marcharon al camarote, y Dugan dijo al buen Javier Moran:

—Está usted de suerte, amigo... Si el capitán no le cambiase la guardia, esta noche serviría usted de cena a los tiburones... ¡Los hombres de Blake se vengarían!



—Eres un buen muchacho.

—Tiene usted razón, pero no les temo. Para mí no hay mayor premio que el cumplimiento del deber.

—¡Venga esa mano, amigo!

Y se estrecharon fervorosamente sus diestras en señal de sincera amistad.

* * *

El capitán Tormenta y Blake se dirigían al camarote del primero, cuando escucharon una voz alterada que decía:

—¡Chalupa a estribor!

En efecto el vigía señalaba a estribor una lancha con naufragos.

Todos los marineros se arremolinaron junto a la borda.

—Una lancha, capitán—dijo uno de los hombres—. Hacen señales pidiendo auxilio.

—¡Que la izen a bordo y recojan a los pasajeros!—respondió Tormenta de profundo mal humor y sin querer ver con sus gemelos de quién se trataba.

Los dos capitanes entraron en el camarote... Blake, que no las tenía todas consigo ante la actitud desconfiada del capitán Tormenta, del hombre que a nadie temía, que sabía desafiar todos los peligros, intentó calmar su agitación, y aun se hizo el interesante:

—Ha sido usted demasiado indulgente con mis hombres, capitán. Yo los hubiera tratado peor.

—Las comedias no me interesan, capitán Blake—respondió con altivez desdeñosa.

—¿Es que me cree usted mezclado en esa conspiración?

La mirada dura del lobo de mar pareció atravesar las carnes del capitán Blake.

—Lo creo... pero no estoy seguro... Si lo estuviese, no viviría usted ya.

—¡Bromea usted!

—¡Como usted quiera!... Pero queda advertido: si mis sospechas se confirman, despidase de la vida.

Y bruscamente abandonó el camarote.

Blake se sentía profundamente disgustado. Le daban miedo las amenazas de aquel hombre. Comprendía que era necesario

obrar con rapidez, pues de lo contrario, podría suceder que peligrase su propia cabeza.

Con el capitán Tormenta no cabían bromas... Era hombre, como había dicho, capaz de colgarlos a todos del palo mayor.

* * *

El capitán Tormenta se acercó al grupo que formaban los marineros y los naufragos recogidos.

Eran dos mujeres, la una anciana, la otra de unos veinte años. La primera estaba sin conocimiento.

El capitán ahogó un grito de sorpresa al

verlas. El recuerdo del pasado se agolpó a su imaginación con furia ciega.

—¿Quién dió orden de admitir a esas mujeres a bordo?

—Usted ordenó recoger esa lancha, capitán — dijo Dugan.

Con odio incomprensible para los que no estuviesen en el misterio, volvió a contemplar a las dos mujeres, una de las cuales estaba inmóvil y con los ojos cerrados, mientras la joven la acariciaba procurando hacerla reaccionar.

El capitán reconoció inmediatamente a aquellas dos criaturas que el destino en sus designios inescrutables, ponía en su propio barco, en medio de la soledad del mar.

La vieja era su esposa, su propia mujer, que había huído de su lado cuando él estuvo dos años secuestrado entre los hielos de Groenlandia... Fué desde entonces que odió a las mujeres y desafió a la muerte... La muchacha era la hija de su rival triunfador.

¡Canallas! ¡Cómo las odiaba! ¡Y ahora podría vengarse de ellas, satisfacer el ansia de odio que anidaba en su corazón desesperado y solitario!

Procurando hacer menos visible su desprecio, preguntó a la muchacha:

—¿Qué le ha pasado a su barco?

—Hace dos noches que hemos sido víctimas de un naufragio—respondió la muchacha.—Capitán, ¿no podrá usted hacer algo por mi madre? No ha recobrado el conocimiento desde esta mañana.

—Se hará todo lo que se pueda—respondió con frialdad.—Pero ¿dónde está su padre?

—Ha perecido en el naufragio... Se llamaba Enrique Stevens y era capitán del "Calcuta"... ¿Lo conocía usted?—dijo llorando amargamente.

—*Desgraciadamente* no... ¡Y cuanto hubiera deseado conocerle!

Alejóse el capitán Tormenta, sumido en hondos y tenebrosos pensamientos, en aquel pasado de dolor que había para siempre envenenado su vida antes tan alegre.

Los marineros trasladaron a un camarote a la anciana que seguía aún sin dar señales de vida.

Javier Moran se acercó a la muchacha y le preguntó con dulzura:

—¿Cómo se llama usted?

—Mary.

—Yo me llamo Javier Moran... Si puedo serle útil en algo, no tiene usted más que decírmelo.

—Gracias... se lo diré — respondió con suavidad.

Moran permaneció largo rato al lado de la joven que era guapa de veras y a quien el dolor parecía hermosear todavía las facciones.

Procuró en compañía de Dugan hacer volver en sí a la anciana, sin poderlo conseguir.

Moran salió un momento a cubierta, y las gentes de Blake le contemplaron con implacable hostilidad. Más de uno hizo el gesto de sacarse un arma y acabar para siempre con el delator, pero el brazo de Blake les contuvo.

—No os preocupéis de ese pájaro—explicó.—Cuando yo tome el mando del barco, ya le ajustaremos las cuentas.

—Pero que sea pronto...

—Lo será... Esta misma noche daremos el golpe.

—¡Bien!

—Que todo esté preparado para las ocho... Hasta esa hora, todos callados.

Guardaron silencio al ver llegar al capitán Tormenta con Moran. Este decía:

—Cuesta trabajo volver a la vieja en sí, capitán.

—Haced todo lo posible.

Moran volvió al camarote donde estaban las dos mujeres, y Tormenta volvió a llamar a Blake a su camarote.

Quería aprovechar la maldad de ese hombre como instrumento de su venganza.

Blake le contempló con recelo. ¿Con qué nuevo cuento iba a salir el viejo capitán?

—Capitán Blake—le dijo Tormenta después de invitarle a unas copas, y procurando ser lo más amable posible.—Voy a contarle una historia...

—Soy todo oídos...

—Hace veinte años—dijo lentamente como si le costase trabajo describir los viejos recuerdos—por esta misma época, me casé...

—Pero yo creía que usted aborrecía a las mujeres, capitán...

—Las aborrezco ahora; pero no siempre he pensado así...

—¿Alguna traición?

—Un mes después de mi boda, tuve que partir para los mares árticos.

—¿En busca de ballenas?

—Exactamente... Dos años estuvimos bloqueados por los hielos... Pero yo pensaba siempre en la que me esperaba allá lejos... y esto me servía de consuelo infinito.

—¡Es una necedad tener tanta confianza en una mujer! ¡Yo nunca he confiado en ninguna!

—Sin duda es absurdo confiar... Lo sé por experiencia... Cuando, al fin, pudimos romper el bloque de los hielos, y cuando ebrio de alegría, volví a mi casa, mi esposa se había marchado con otro hombre... el capitán Stevens.

—¡Atíza!—exclamó Blake que no podía comprender por qué motivos le contaba el capitán aquella historia.

—Juré que aunque tuviese que emplear en ello toda mi vida, me vengaría de la que tanto me hizo sufrir...

—¡Bien hecho!

—Los seguí a todos los países del mundo... pero siempre llegaba tarde. Y hoy el mar me la entrega.

—¿Cómo?—dijo sorprendido. —¿Quiere usted decir que?...

—Sí, es ella, mi esposa... y esa joven es la hija del miserable. Es guapa la pequeña, ¿eh?

—¿De lo mejoreito que he visto! —respondió sonriente.

—Supongo que a usted le gustaría casarse con ella.

—¡Ya lo creo! ¡Con toda mi alma!

—Es usted mi huésped y deseo complacerle—dijo con terrible serenidad. — Esa muchacha será su esposa.

Blake se encontraba desconcertado. ¿A qué venía aquel insólito regalo, cuando poco antes le había tratado el capitán con una dureza agresiva? ¿Era posible que por venganza quisiera entregársela a él?

Así era, en efecto; por odio a aquellas dos mujeres, el capitán Tormenta quería ofrecer a Blake aquella muchacha pura y bella, hija del rival triunfador.

* * *

La vieja esposa había vuelto en sí... Sus primeras palabras habían sido para su hija.

—¡Mary!... ¡Mary!...

—¡Mamá!... —dijo la muchacha, abrazándola. —¡No temas! ¡Estamos salvadas! ¡Nos ha recogido un barco!

—¡Gracias, Dios mío, gracias! Pero el pobre Stevens ¡pobrecito!

Quedó sumida en una quietud dolorosa y su rostro estaba bañado en lágrimas.

Moran lijo a Mary:

—Dejemos a su mamá... Ahora necesita reposo... Una noche tranquila es la mejor

medicina... Suba conmigo... Respirará el aire puro y le sentará bien.

Subieron a bordo, se sentaron junto a la barandilla y permanecieron un rato charlando, bajo la dulce brisa del crepúsculo.

Vieron pasar a varios hombres de los de la banda de Blake, que les miraban sinictramente.

Moran tuvo miedo; temió que de un momento a otro estallase la sublevación y aquella mujer indefensa y bella fuese víctima de las iras de la chusma amotinada. Pero antes tendría que matarle a él, dispuesto estaba a defenderla con su vida toda.

—Casi siento que haya venido usted a este barco—dijo—. Quizá valía más que no las hubiesen recogido.

—¿Por qué?

—Nada. No tema. Pero la tripulación es un poco peligrosa.

Pasó Dugan, que seguía vigilando los movimientos de la gente de Blake, que eran poco tranquilizadores.

Al ver a los dos jóvenes, preguntó a ella:

—¿Qué hace usted aquí?

—La hice subir yo para que respirase mejor—dijo Moran.

—Este no es el sitio de una muchacha. Acompañela a su camarote, Javier.



...dispuesto estaba a defenderla con su vida toda.

—Ahora mismo.

Los dos jóvenes bajaron del puente y Javier dijo a Mary:

—Lo mejor es que se encierre usted en

su cabina. No tema nada; yo velaré por usted.

Mary vió a los tripulantes que la miraban de reojo con una mirada en que parecían retratarse las más violentas pasiones. Experimentó una sensación de temor que al punto quedó neutralizada al mirar a Javier. Este muchacho le inspiraba simpatía; todo él denotaba la nobleza de un temperamento equilibrado.

—¿Por qué se interesa usted tanto por mí?—le preguntó ella.—Nos conocemos solamente de hace unas horas.

—Para evitarle una desgracia, yo daría con gusto la vida.

Aparecieron los capitanes Tormenta y Blake. Este contemplaba codiciosamente a la que le habían destinado por mujer.

Mary bajó los ojos, herida por aquel mirar cínico donde se retrataban los más repugnantes instintos.

—Un momento—dijo el capitán Tormenta con sonrisa impenetrable.—Quiero presentarle a mi amigo el capitán Blake.

Ella hizo un leve movimiento y fué a

continuar su marcha, pero Tormenta la detuvo:

—No tan de prisa... Una linda muchacha como usted no puede seguir a bordo sin un protector...

—No comprendo...

—Yo soy responsable de su seguridad... y por eso me he permitido buscarle un marido... El capitán Blake.

La muchacha se estremeció ante la idea de tener que unirse con aquel hombre repulsivo.

—De conformidad con las leyes que rigen a bordo, yo mismo les casaré—siguió diciendo Tormenta.

—No... no...—sollozó la joven, asustada.

—Usted no puede hacer eso—protestó enérgicamente Moran.—Es contra toda ley, contra todo derecho... ¿Se da usted cuenta de lo que hace, capitán Tormenta?

Y había en todo él una sorpresa inenarrable sin comprender cómo Tormenta, prototipo del hombre leal y noble, quería legalizar una unión monstruosa.

—En calidad de capitán de barco en al-

ta mar, tengo derecho a unirlos—gritó Tormenta.

—Serás muy feliz conmigo, muchacha—dijo Blake.—Yo te prometo que nada ha de faltarte...

Ella dió un grito al sentirse cogida por Blake y se desprendió rudamente de él.

—¡Mamá... mamá!—sollozó, horrorizada.

—¡No grites! —dijo Tormenta—. Yo mismo voy a anunciar a su madre la grata nueva.

Y entró en el camarote, dejando a Mary con Moran y Dugan que había también acudido en su auxilio...

Blake, que contemplaba fijamente a Mary, saboreando de antemano las delicias de aquella ofrenda de amor que bien valía una fortuna, se alejó sonriendo con cinismo...

* * *

La anciana se levantó al ver entrar al capitán Tormenta. Su rostro adquirió la palidez de la cera.

Dió un grito angustioso:

—¡Martín!

El lanzó una siniestra carcajada:

—¡Sí! Martín... tu esposo, por otro nombre El Capitán Tormenta... Martín, tu *amado* esposo... Celebro de veras que aun te acuerdes de mí.

La vieja restregóse los ojos como si creyese ser aún víctima de una pesadilla... Pero, no, no: allí, delante de ella estaba de

carne y hueso el hombre que fué su primer marido...

Instintivamente tuvo miedo y quiso buscar en su hija una protección.

Se dió cuenta de que Mary no estaba con él.

—¿Y Mary?... ¿Dónde está?

El lanzó una carcajada:

—Está en buenas manos... esperando el momento de casarse.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a unirle a un perfecto caballero... Te lo presentaré.

—Pero, Martín...

—Veinte años he estado esperando este día... años de odio y de despecho, mientras que para ti eran de felicidad y de amor...

—Pero Mary es inocente...—sollozó la infeliz madre.

—Conozco el mejor medio de castigarte... hiriendo a tu hija... a SU hija...

No es de él, Martín. Mary es tu hija... tuya... ¡Te lo juro por la salvación de mi alma!

—¡Mientes! Tratas de salvarla... ¡pero es demasiado tarde!

—¡Te digo la verdad! Enrique Stevens me dijo que tu barco había naufragado... Mary, tu hija, la tuya, acababa de nacer.

El se estremeció a pesar suyo... Aquellos acentos... aquella manera de hablar...

—Yo estaba enferma... no tenía dinero para cuidarla... Y me casé... por ella... Pero nunca le amé como te amé a ti a quien creía muerto... ¡Créeme, Martín, créeme! ¡Te lo juro por lo más sagrado! Por esa hija por la que yo sería capaz de dar mi vida toda, por esa hija que es tu sangre y que tú quieres vender!

El capitán quedó aterrado... Aquella vieja de cuello blanco se transfiguraba ante él como la imagen resplandeciente y noble de la verdad. No, aquellas lágrimas, aquellos juramentos, aquella desesperación, no podían ser producto de una mentira.

—¡Perdón, perdón!—sollozó cayendo en sus brazos.

—¡Martín!... ¡Martín!...

Los dos viejos quedaron un instante abrazados.

Ella volvió a preguntar con espanto.

—¿Y Mary?... ¿Dónde está?—dijo ella.

—¡Voy por ella! ¡Qué loco, qué criminal he sido! ¡Querer entregarla a Blake, a un hombre desalmado y cruel... ¡Oh, no... no!

En aquel instante Dugan penetró en el camarote y dijo:

—Capitán, los hombres de Blake han matado a un marinero nuestro... ¡Se han amotinado!

—¡Maldición! Y Mary ¿qué es de ella?

—Moran la ha acompañado a su cabina. No teman por ella.

—¡Tú no te muevas de aquí!—dijo Martín a su esposa.—Vamos a acabar con esa sublevación.

Subió a cubierta encontrándose a Blake que al frente de sus hombres luchaba contra los leales de Tormenta, entre los cuales destacaba por su valor Javier Moran.

Blake, que no renunciaba a su primera idea de apoderarse del barco, luchaba con gran valentía.

—¡Ríndete, miserable!—le dijo el capitán Tormenta.

—No, en mis días... Ahora soy yo quien manda a bordo... ¿Creías seducirme dándome a esa mujer? Estás equivocado. Tendré la mujer y tu rico cargamento de sedas.



—¡Ríndete, miserable!

—¡La has errado, maldito! Jamás obtendrás ninguna de las dos cosas.

Hubo un violento tiroteo, una lucha cuerpo a cuerpo emocionante. Cayeron varios

mueritos y heridos por ambas partes, pero finalmente los hombres de Tormenta pudieron dominar la rebelión.

Blake y su gente fueron hechos prisioneros y conducidos a la hodegu.

El orden quedó restablecido, volviendo a imperar la ley...

Mary reunióse con su madre... Poco después entró Tormenta en la estancia y Mary intentó escapar sintiendo gran desconfianza por aquel hombre que había querido casarla a la fuerza. Pero la vieja la detuvo con un gesto de paz.

—No temas ya... No te casará con nadie... que tú no quieras... ¿Sabes quién es ese hombre, Mary?

—El capitán...

—Algo más para ti... ¿Te acuerdas de que muchas veces te he explicado que Stevens no era tu padre, que tu padre murió antes de nacer tú? Pues... abrázale... niña de mi corazón... ¡ahí le tienes!

—¿Usted? ¿Usted es mi padre?

—Hijita de mi vida... ¿me perdonarás

el amargo rato que te hice sufrir? Hijita de mi corazón...

Ella pareció escuchar la voz de la sangre y besó conmovida el noble rostro que se inclinaba hacia ella con verdadero y paternal amor.

* * *

El velero prosiguió con lentitud su marcha hacia San Francisco. El capitán Tormenta volvía a mandar como amo y señor en su nave. Y las dos mujeres que allí se habían acogido encontraron en aquel barco: la una, el amor de su juventud, la felicidad de caberse querida aún por Martín, su primer marido; la otra el cariño honrado de Javier Moran que en el transcurso de los días fué haciéndose más ardiente...

Moran la quería con toda su alma y ella, herida por el primer amor, le iba a corres-

ponder también... Al llegar a San Francisco se casarían y él le ofrecería el hogar de sus



...el cariño honrado de Javier Moran..

padres que sería en lo sucesivo su propio hogar.

FIN

La Novela Cinematográfica del Hogar

Números publicados:

1. Puertas cerradas - 2. Madre pecadora - 3. Estrella solitaria - 4. La rosa del pasado - 5. La mujer de Satanas - 6. Jimmy, el misterioso - 7. Nueva mujer, nueva vida - 8. Amatecer - 9. Tras la cortina - 10. Los misterios de Los-dres (La divina pecadora) - 11. En la viciosa Arizona - 12. Honra a la madre - 13. Nobleza naterra - 14. Su majestad El Amor - 15. Amor sinuoso - 16. Eugenia Grandet - 17. Ana contra el mundo - 18. La hermana blanca - 19. De mujer a mujer - 20. Mujeres tristes - 21. No me olvides - 22. El caballo o del amor - 23. Estrellas fugaces - 24. Tobillos de oro - 25. En nombre de la amistad - 26. El prisionero de Zenda - 27. Sansas traidoras - 28. El príncipe Sravos - 29. Fútbol, amor y toros - 30. Hombres peligrosos - 31. Sed de cariño - 32. Lana de miel - 33. Shari (La hechicera oriental) - 34. El príncipe de los diamantes - 35. Una mujer en Wall Street - 36. Los tres hermanos - 37. Casa o cruz - 38. La calle del azar - 39. La batalla de París - 40. Melas complices - 41. El conquistador - 42. La cruz del millón - 43. El enemigo silencioso - 44. El príncipe X - 45. Caución gitano - 46. ¿Quién disparó?

Los números van acompañados de una artística postal-bicolor

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Distrib. Devix y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbrá, 16; Madrid: Cañal, 1

Tipografía Barcelona - Aribau, 36 - Teléfono 7632 - Barcelona

Ediciones BISTAGNE publica éxito tras éxito.
Véase si no:

El precio de un beso

por José Mojica y Mona Maris
(3 ediciones)

Del mismo barro

por Mona Maris y Juan Torera
(5 ediciones)

Ladrón de amor

por José Mojica y Mona Maris
(2 ediciones)

El Valiente

por Juan Torera
(2 ediciones)

El presidio

por José Crespo
(2 ediciones, agotándose ya la segunda edición)

Romance

por Greta Garbo y Lewis Stone

El gran charco

por Maurice Chevalier y Claudette Colbert

Tempestad

por John Barrymore y Cecilia Hurn

El dios del mar

por Ramón Pereda y Rosita Moreno

Anne Christie

por GRETA GARBO

Sevilla de mis amores

por Conchita Montenegro y Ramón Navarro
(2 ediciones)

Horizontes nuevos

por Carmen Guerrero y Jorge Lewis

Ben-Hur

por Ramón Navarro y May Mac Avoy
(8 ediciones)

Esta semana:

LA INCORREGIBLE

por Enriqueta Serrano y Tony D'Algy

Se están agotando las **BIOGRAFÍAS** y
Colecciones de 6 bonitas postales de

José Mojica

Maurice Chevalier

Greta Garbo

Ramón Novarro

y

Charlie Chaplin

CHARLOT

Numerosas fotografías • Curiosas anécdotas

Postal-regalo • Lujosa portada

Precio: 50 céntimos

y la Colección de 6 postales de

Juan Torena

Véalas y no dejará de adquirirlas

Precio: 30 céntimos

Ediciones BISTAGNE

Passeig de la Pau, 10 bis
Teléfono 18951 - BARCELONA
